

C



↑ Luce Fabbri en su casa de Montevideo, entre 1996 y 1999
GENTILEZA, OLGA CRESSATTI LILLO

LUCE FABBRI

UNA ÉTICA CONTRA EL PODER

MATHÍAS IGUINIZ

La concepción anarquista de Luce Fabbri (Roma, 1908-Montevideo, 2000) expresa una coherencia íntima entre abstracción teórica y experiencia cotidiana. Pensamiento y acción asumen el riesgo del presente con una aguda perspectiva crítica e histórica. La autora desentraña los mecanismos de poder que, en su enraizamiento social, encubren prácticas coercitivas y disciplinantes. En 2022 se reeditó *El camino*, una de sus obras esenciales en el campo de la filosofía política. Además, algunas instituciones (FIC, FHCE) trabajan, de modo coordinado, en la digitalización de su vasta producción intelectual.

POLÍTICA Y SONAMBULISMO

«Quizás nunca hayan existido demasiados. Las circunstancias históricas nunca fueron propicias, aunque hayan logrado constituirse, ocasionalmente, en “contrapesos”. Quizás el mundo sea aún hospitalario porque existen este tipo de compensaciones. Si en una ciudad solo acontecieran comportamientos automáticos y resignados, sería

inhabitable. El anarquismo es “la sombra” de la política, inasimilable a ella», propone Christian Ferrer.¹ Sin embargo, es posible que aquello que el autor llama *política* no sea más que la repetición de una inercia administrativa. Es que en el contrapeso radica, de hecho, lo auténticamente político, en ese estado de perplejidad constante, siempre inasimilable porque no se resigna

a fórmulas tranquilizadoras o dogmatismos. Se confunden los términos: más que de la política, el anarquismo es una sombra del poder. En el ordenamiento que este impone, la imaginación se reduce a una esclerosada lógica de gestión gubernamental: una política «sonámbula», para utilizar una expresión inspirada en los planteos del sociólogo Gabriel Tarde.

Luce Fabbri dedicó su vida a realizar una conceptualización de la política en un sentido antiautoritario. Se trata, sostiene, del «arte de convivir, de asegurar la continuidad de la vida social. [...] La política es ética en la medida en que busca el libre consenso entre individuos y grupos, todos diferentes pero todos con iguales derechos y deberes, es decir, en la medida en que no se convierte en un sistema de poder».² Hija del importante teórico y militante anarquista Luigi Fabbri –con el que su trabajo mantiene diálogos y ampliaciones–, la producción intelectual de Luce es siempre una forma del esclarecimiento crítico; su curiosidad, amplia e incansable, se traduce en una escritura que se presenta en una triple dimensión: ética, política y estética. La autora propone enfoques que evitan el lugar común y los saberes fosilizados

(un ejemplo paradigmático es su estudio introductorio a *El príncipe*, de Maquiavelo). Su modo de leer se caracteriza por localizar el mal-entendido, estudiar las condiciones biográficas de producción del texto y desentrañar las claves históricas que permitan una formulación original y no condescendiente. Se interesó por la filosofía, la política y la literatura; hizo trabajos de referencia sobre Leopardi y Dante y practicó ella misma la poesía. Además, ejerció la docencia durante 60 años.

LAS HUELLAS IMBORRABLES DEL FASCISMO

Llegó a nuestro país en mayo de 1929, tras un largo periplo: «Un penoso viaje de 26 días sin tocar puerto, en una cáscara de nuez que el mar embravecido barría de proa a popa; un viaje hecho en compañía de un médico de a bordo quemado por el alcohol, de una pareja belga entrada en años que no hacía más que comer y de una prostituta francesa de gran experiencia (*madame la Baronne*), que mantenía en continua agitación al primer, al segundo y al tercer oficial y que conducía a los prostíbulos de Buenos Aires fingiendo no tener ninguna relación con ellas a una veintena de muchachas polacas amontonadas en un dormitorio común en la bodega».³ Atrás quedaban las persecuciones, los allanamientos, los encarcelamientos y los domicilios forzosos impuestos a su padre por los fascistas. Pero el viaje también rompía fuertes lazos de amistad y, sobre todo, suponía separarse de su hermano Vero, que decidió permanecer en Europa. Esto último provocó una profunda fractura y una gran preocupación en la familia. La experiencia de vivir bajo el régimen de Mussolini dejó una huella imborrable en la forma en la que la autora interpretó la realidad. Incidió ante todo en su rechazo, cada vez más pronunciado, al uso de la violencia como medio para la transformación social: «Hay que salir del círculo vicioso de la violencia que llama a la violencia, y que es siempre autoritaria».⁴

Su infancia y adolescencia estuvieron signadas por las estrecheces económicas y la inestabilidad laboral de su padre, maestro y periodista. Como contrapartida,

habitó un ambiente de armonía familiar que, desde una mirada atenta y responsable, velaba por la construcción autónoma de su personalidad. Fue testigo de una estimulante efervescencia política, ya que su casa supo ser el epicentro de encendidas reuniones en las que participaron históricos militantes del movimiento anarquista. Errico Malatesta, muy amigo de su padre, representó una figura clave también para ella, tanto desde el punto de vista teórico como afectivo (en varias ocasiones se refirió a él como «un abuelo»). En la biografía que Luce escribió sobre su padre recupera una pequeña anécdota que involucra a Malatesta: «Recuerdo que nos sentamos todos en el jardín. De la conversación, solo un detalle. Yo, para combatir mi timidez, quise imitar la posición desenvuelta que había visto tomar a menudo a un muchacho amigo, mucho mayor que yo, y puse un pie sobre un banco que tenía delante. En seguida, la abuela Emilia me bajó la pierna y el pequeño delantal diciéndome: “Siéntate bien”. Malatesta, con su cortesía habitual, pero con mucha firmeza, defendió mis derechos a sentarme como quería».⁵ La profunda impresión que tuvo en ella este primer contacto se suma a otras tantas experiencias de la infancia que, de una u otra forma, persisten en la manera en que Luce elaboró su visión del anarquismo: una filosofía de vida que, al tiempo que participa desde abajo en las luchas sociales, se expresa en los gestos aparentemente mínimos del hacer cotidiano.

HACIA UNA ÉTICA COMUNITARIA

En 1952, Fabbri publica en italiano *La strada*. Ese mismo año, es traducido por las Juventudes Libertarias del Uruguay y circula en nuestro medio como *El camino*. En 2000 vuelve a aparecer, esta vez a cargo de Nordan-Comunidad. En 2022, Alter llevó adelante una nueva (y necesaria) reedición. Este volumen incorpora un prólogo de Margareth Rago. Además, se añade la charla que dio la autora entre el 17 y el 19 de enero de 1997, titulada «Carácter ético del anarquismo», en el Encuentro Anarquista de El Pinar Norte, organizado por el ya desaparecido A Espacio. En esta exposición, se

analiza el dispositivo de corrupción que relaciona a los partidos y sus formas de conquistar el poder, se hace de la ética una dimensión inseparable de la política y se advierte el riesgo de muerte que supone la perpetuación del modelo económico capitalista. Dichos planteos –en muchos casos vigentes y en otros abiertos a actualizaciones– ofrecen una serie de herramientas críticas que presentan perspectivas alternativas al monopolio de la razón neoliberal.

El camino logra conciliar cierto espíritu de divulgación con un análisis riguroso de la situación política de mediados del siglo pasado: «Tanto el liberalismo como el socialismo han sido desvirtuados, desviados por el hambre de poder: los liberales no vacilaron en esclavizar a los seres humanos apoderándose de su pan; los socialistas tienden hoy a la tiranía política a través de la estatización de la propiedad».⁶ Cuando se le pregunta por la función del anarquismo en el mundo contemporáneo, Fabbri responde: «La importancia de nuestro movimiento no está solo en su capacidad realizadora; está también y quizás sobre todo en su tarea actual y permanente como testimonio de una exigencia invencible del ser humano, está en su presencia activa e inquietante, que actúa como un aguijón en el sentido de una siempre mayor libertad, identificada (y no en contraste) con una siempre mayor justicia».⁷ El anarquismo no busca la conquista del poder. Democratizar la democracia, como propuso alguna vez la autora, implica formas autogestionarias de organizar la vida. En este libro se propone la voluntad de poder como instinto vital no necesariamente egoísta; apoyándose en clásicos como *El apoyo mutuo*, de Piotr Kropotkin, la autora señala que dicho instinto puede adoptar la forma de una fuerza que tienda a la ayuda mutua.

Su pensamiento prefiere la metáfora del camino, de ir haciendo y haciéndose en el propio devenir político: elogio del «durante» sin prepotencias teleológicas. Una concepción del anarquismo que hace del trayecto una potencia individual y colectiva. Se trata de evitar el dominio de las grandes palabras vacías de significado, ya que, como

Simone Weil advirtió oportunamente: «Escribanse con mayúscula palabras vacías de significado: por poco que las circunstancias ayuden, los hombres derramarán ríos de sangre; amontonarán ruina sobre ruina, repitiendo esas palabras, sin obtener nunca nada que les corresponda de modo efectivo».⁸ *El camino* es una manifestación antibélica, humanista, en la que se respira la presencia amenazante de los totalitarismos del siglo XX. Con gran coraje, Fabbri afirma, por ejemplo, que «el totalitarismo ruso ha devorado al socialismo bolchevique y a la utopía marxista del Estado que se destruye a sí mismo».⁹ El pronunciamiento contra un cierto «fanático misticismo revolucionario» es, hacia mediados del siglo pasado, uno de los grandes aportes del libro. Categórica al momento de tomar posición, afirma que la esencia del bolchevismo estalinista es «antisocialista», «absolutista» e «inhumana».

El camino se proyecta «hacia una sociedad descentralizada pero articulada, constituida por federaciones de núcleos funcionales, integrados por personas interesadas y autogobernadas con el sistema de la democracia directa, sin delegaciones de soberanía».¹⁰ Apenas tres años más tarde, en 1955, se funda la Comunidad del Sur, una experiencia estable de vida comunitaria en Uruguay que surgió como iniciativa de un grupo de jóvenes ligados a la Escuela de Bellas Artes. De inspiración anarquista, dicha comunidad se caracterizó por su fuerte compromiso con el trabajo asociativo y su radical reformulación de los roles de género. Ruben Prieto, uno de sus miembros históricos, rememora a propósito de *El camino*: «Nosotros, jóvenes anarquistas, nos emocionábamos al leerlo y llorábamos conmovidos por las conclusiones de las páginas finales. ¡Marcó mucho a mi generación!».¹¹ Fabbri, por su parte, considera que este proyecto autogestionario, lejos de ser una suerte de isla feliz sin contacto con el mundo, es «una célula viva y robusta en el corazón de la ciudad, apta para reproducirse y para servir como punto de referencia».¹²

LA SOCIEDAD DE LAS PALABRAS

En la ponencia «Una utopía para el siglo XXI», la autora afirma: «La sociedad de las palabras es una sociedad anarquista. Tiene normas que surgen de la colaboración espontánea de todos los que hablan. Nadie las impone; su aceptación general es la condición de la entendibilidad. Su violación es libre; si rebasa ciertos límites, simplemente el instrumento deja de funcionar. Si en cambio responde a un impulso expresivo auténtico y está dentro de los límites que los demás aceptan, es recibido, y de la suma de estos actos libres vive la lengua, cambiando continuamente sin perder carácter orgánico y sin necesidad de centro».¹³ No se trata de una metáfora: la lengua, sostiene, es una utopía viva que llevamos en nosotros.

Eugenio Coseriu destaca el potencial creativo del habla sobre la norma lingüística, que es una imposición sociocultural: al vulnerar o transgredir este «deber ser», el individuo produce una ampliación expresiva o estética de la lengua. En los planteos de Fabbri, lenguaje y libertad se implican recíprocamente. En su artículo «La palabra y la libertad» observa: «Si la libertad empieza para cada uno en la afirmación de sí, fundamento de esta libertad es, pues, la palabra. A través del lenguaje, que es patrimonio y creación común de la humanidad a lo largo de los siglos, cada uno de nosotros es obra de los demás. La solidaridad es por lo tanto en el hombre algo constructivo, originario».¹⁴ Y con ese mismo lenguaje que permite la comunicación, agrega, cada uno edifica su yo.

En la comunidad lingüística existe una norma que, según la autora, se impone sin ejercer la autoridad; en este sentido, es el equilibrio más perfecto entre organización y desobediencia: un sistema con determinadas reglas que habilita, sin embargo, la plena expresión de la individualidad: «El ser humano está definido por su lenguaje, que no es solo vehículo, sino que es su sustancia misma».¹⁵ El ya mencionado Coseriu indica que «prevalece con respecto a la lengua una peligrosa actitud de “enajenación” cultural, actitud que se manifiesta en primer término en considerar la lengua como algo externo, como mero instrumento práctico de intercomunicación, y no como dimensión esencial del ser histórico y cultural de todo individuo en cuanto miembro de comunidades lingüísticas».¹⁶ Sin orientarse al campo específico de los estudios

lingüísticos, Fabbri evidencia, sí, una preocupación por una forma de pensar lo político que involucre una «política del lenguaje».

En su libro *Pobres palabras*, Alma Bolón advierte un «olvido del lenguaje» en nuestra comunidad: «Imaginado como simple vehículo que nos conduce y deposita en el reino de la realidad, su propia materialidad y su propio modo de existencia son borrados y olvidados en el momento mismo en que se hace sonido o letra».¹⁷ Esta operación restringe las condiciones para la elaboración de pensamientos abstractos e impide la experimentación poética con lo real. Fabbri intuye dicho olvido, que enuncia en un desplazamiento hacia el campo de la filosofía política y en clave de autocrítica colectiva: «Me parece que el lenguaje es muy importante para nosotros los anarquistas. Lo aceptamos de modo descontado, como se acepta el agua que bebemos. Considero en cambio que se debería pensar más en ello», expresa en 1981.¹⁸ La realidad es problemática y compleja; del mismo modo, el lenguaje que la narra: no hay esquematismos ideológicos posibles ni nominaciones cerradas que permitan reducir esta relación, siempre tirante, entre mundo referido y modos de enunciación.

A comienzos de los años noventa, en pleno desencanto «posmoderno», la autora postula una línea de pensamiento crítico que atisba una encrucijada en el siglo XXI y convoca al análisis de sus derivaciones concretas: «La técnica está creando las posibilidades de la abundancia. El capitalismo, al usarla con fines de acaparamiento en beneficio de pocos privilegiados, nos está preparando un avenir sombrío, de ocupación de grandes masas que el aparato productivo ya no requiere, de catástrofes ecológicas, de luchas feroces por el mendrugo», advierte en «Una utopía para el siglo XXI». Antes expresa: «La revolución ya no es contra la guardia civil, es contra ese mundo que nos controla sin que lo sepamos». Una vez más la intelectual asume el riesgo de pensar en la posición incierta del presente, atisbando el precipicio de una sociedad de control que se lanza a su propio exterminio.

En 1999, alcanza a visualizar algunas mutaciones decisivas de un capitalismo neoliberal en plena reinvención. En su artículo «¿Rumbo a un nuevo feudalismo?», introduce una fuerte revisión de sus proposiciones y traza posibles desafíos al socialismo libertario, tal como fue concebido durante el siglo XX: «El

capitalismo y el Estado no son los únicos enemigos de la libertad y puede llegar de nuevo el momento en que no sean los principales».¹⁹ La afirmación, que puede resultar polémica, debe ser leída en esta nueva coyuntura global de hegemonías transversales. En este sentido, la autora se adelanta a la publicación de *Imperio* (2000), controversial ensayo en el que Toni Negri y Michael Hardt señalan el inicio de un orden mundial globalizado y sin liderazgos reconocibles. Se trata de una forma de dominación llamada *imperio*, que desterritorializa sus centros de poder. Así, se vuelven inoperantes conceptos tales como soberanía y nación. Fabbri, por su parte, afirma que el fenómeno se caracteriza por «un poder cada vez menor de los Estados nacionales, que se van desdibujando en los “mercados comunes”, y un poder cada vez mayor de organismos multinacionales que controlan económicamente determinadas áreas no necesariamente geográficas, verdaderos feudos transversales».

La escritura de Fabbri produce escenarios que propician la autonomía de acción y de pensamiento. Se trata de una intelectual del diálogo, que encuentra en la diferencia –en algunas– un factor de complejización de sus formulaciones políticas. También es una pensadora de la mirada atenta y a largo plazo que interpela los avatares de la subjetividad en el declive de las palabras. Lúcida en sus intervenciones sobre los debates del momento, rigurosa en su trabajo intelectual y siempre fiel a su espíritu antiautoritario, su vida se define por una entrega total a la causa de la emancipación humana. ▀

1. Christian Ferrer, *Cabezas de tormenta*, Buenos Aires, Anarres, 2018, págs. 103-104.
2. Luce Fabbri, *El camino y el carácter ético del anarquismo*, Montevideo, Alter, pág. 67.
3. Luce Fabbri, *Historia de un hombre libre: Luigi Fabbri*, Montevideo, Nordan-Comunidad, 1996, pág. 168.
4. Luce Fabbri, *El anarquismo: más allá de la democracia*, Buenos Aires, Reconstruir, 1983, pág. 49.
5. Luce Fabbri, *Historia de un hombre libre: Luigi Fabbri*, Montevideo, Nordan-Comunidad, 1996, págs. 102-103.
6. Luce Fabbri, *El camino y el carácter ético del anarquismo*, Montevideo, Alter, pág. 34.
7. Luce Fabbri, *El anarquismo: más allá de la democracia*, Buenos Aires, Reconstruir, 1983, pág. 33.
8. Simone Weil, *El poder de las palabras*, Buenos Aires, Godot, págs. 12-13.
9. Luce Fabbri, *El camino y el carácter ético del anarquismo*, Montevideo, Alter, pág. 48.
10. Luce Fabbri, *El camino y el carácter ético del anarquismo*, Montevideo, Alter, pág. 58.



↑ *El camino y el carácter ético del anarquismo*, de Luce Fabbri, Alter Ediciones, Montevideo, 2022. 80 págs.

11. Margareth Rago, *Entre la historia y la libertad*, Montevideo, Nordan-Comunidad, 2002. Consulto una edición digital facilitada por la autora, a quien agradezco.
12. Luce Fabbri, *El anarquismo: más allá de la democracia*, Buenos Aires, Reconstruir, 1983, pág. 49. Los interesados en el tema pueden consultar un exhaustivo trabajo académico realizado por Maite Iglesias titulado «Hacer y al hacer hacerse. Amor, libros y revolución en la Comunidad del Sur (1955-1975)», disponible en <https://www.colibri.udelar.edu.uy>.
13. Consulto el manuscrito en formato digital en el sitio Anáforas (FIC). Actualmente trabaja en la Sección de Archivo y Documentación del Instituto de Letras de la FHCE un equipo conformado por estudiantes y docentes que se ocupa de procesar y poner a disposición del público parte del archivo de la autora. Además, en el sitio Anáforas es posible encontrar innumerables materiales de interés: libros, entrevistas, imágenes, registros de audio y video y producción crítica sobre la autora, disponible en <https://anaforas.fic.edu.uy>.
14. Luce Fabbri, «La palabra y la libertad», *Opción Libertaria*, N.º 32, Montevideo, noviembre de 1999, pág. 18.
15. Luce Fabbri, *El anarquismo: más allá de la democracia*, Buenos Aires, Reconstruir, 1983, pág. 29.
16. Eugenio Coseriu, «Lenguaje y política», en *El lenguaje político* (coordinado por Manuel Alvar), Madrid, Fundación Friedrich Ebert, 1987, pág. 28.
17. Alma Bolón, *Pobres palabras. El olvido del lenguaje*, Montevideo, Universidad de la República/Departamento de Publicaciones, 2002, pág. 12.
18. Luce Fabbri, *El anarquismo: más allá de la democracia*, Buenos Aires, Reconstruir, 1983, pág. 30.
19. Luce Fabbri, «¿Rumbo a un nuevo feudalismo?», *Opción Libertaria*, N.º 30, Montevideo, enero, pág. 5.